

La calle para el viernes 24 de agosto de 2007  
Diario de un espectador  
Sacco y Vanzetti  
miguel ángel granados chapa

Ayer se cumplieron 80 años de la ejecución en Boston de los anarquistas italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, cuyo caso dio lugar a una vigorosa película cuyo tema musical fue hecho famoso por Joan Baez.

La cinta fue rodada en 1971 por Giuliano Montaldo, convertido en director después de sus comienzos como actor, y que en sólo una década adquirió gran prestigio como realizador. Su primer filme, Tiro al pichón, producida en 1961, fue un alegato contra el fascismo mientras que la obra sobre Sacco y Vanzetti sería calificada por la crítica como “un gran fresco social”. Montaldo requirió para interpretar a esas víctimas de la represión chovinista a Gian Maria Volonté y Ricardo Cucciola. Volonté estaba en el apogeo de su carrera, y en esa década lo veríamos triunfar todavía en El caso Matei y El caso Moro. El director y el actor sobresalían en el desempeño de su oficio siempre que abordaban asuntos políticos. La canción tema de la película se convirtió en los años setenta en una suerte de himno libertario. Este espectador no siente ningún rubor al confesar que la piel se le enchina cada vez que la escucha, desde la primera vez en el cine Diana, en septiembre de 1973, poco después de su estreno en la ciudad de México.

Sacco y Vanzetti fueron detenidos bajo la acusación de participar en el asalto a una fábrica de calzado en South Braintree, Massachusetts, en que fueron asesinados un pagador y un guardia. No había evidencias de que esos pacifistas, que se habían negado a enrolarse en el Ejército norteamericano que peleó en Europa durante la primera guerra mundial hubieran estado siquiera en las inmediaciones del lugar. Pero se trataba de inculparlos a toda costa. Su detención y juicio resultaba de un clima de intolerancia feroz que crecía en todo Estados Unidos y que se agudizaba en Boston, tal como lo trazó con su singular maestría Upton Sinclair en la novela que lleva por título el nombre de la ciudad.

Dos días antes de que fueran arrestados Sacco y Vanzetti (aquel vendedor de pescado, este obrero industrial) fue arrestado en Nueva York su compañero y paisano Andrea Salsedo, un tipógrafo anarquista. Fue en realidad secuestrado por agentes del FBI porque se le detuvo sin orden judicial, lo que permitió a la policía retenerlo para interrogarlo con gran crueldad, menor sin embargo que la saña con que se le asesinó. Su cuerpo y su rostro fueron machacados a golpes que lo desfiguraron al punto de que su cara era un amasijo. Con cinismo el FBI informó que el detenido se había arrojado desde el piso catorce del edificio a donde se le había conducido para una diligencia de rutina.

Los interrogatorios a Sacco y Vanzetti después de su detención y durante el juicio revelaban claramente que era por su militancia política y no porque hubieran asesinado a nadie ni intentado robar que se les juzgaba. Se les preguntó si eran comunistas o anarquistas, si creían “en el gobierno de nosotros”, si amaban a los Estados Unidos. El fiscal Katzmann especificó dirigiéndose a Sacco si había amado a ese país en la última semana de mayo de 1917. Y ante la respuesta afirmativa el fiscal repreguntó irritado: “Y para poder mostrar su amor a Estados Unidos de América, cuando estaba a punto de llamarlo para que se hiciera usted soldado, ¿se fue usted corriendo a México?”.

Sacco y Vanzetti fueron condenados a morir en la silla eléctrica, y la ejecución tuvo lugar el 23 de agosto de 1927. Una multitud, convencida de la injusticia del caso, que había estremecido a Boston, se reunió en Union Square. A punto de morir, Sacco escribió a su hijo y le pidió que además de consolar a su madre, ayudara “a los perseguidos y a las víctimas, porque son ellos tus mejores amigos. En esta vida de lucha hallarás más amor y serás amado”.